

## DESCUBRIENDO IDEAS

*Por el Lic. Alberto W. Stahel.*

PROGRAMA DE TELEVISION

“LA UNIVERSIDAD LLEGA A SU HOGAR”

### PERSONAJES:

Dr. Mariano García Villas,  
Lic. Alberto W. Stahel,  
José Humberto Velásquez (Chepe),  
Voz anónima.

Después de la presentación, el Dr. Mariano García Villas dice:

MGV:—Usted ha puesto a esta emisión el título: “Descubriendo ideas”. Creía que iba a hablarnos de moral.

S.:—Sht. No cite la palabra. Se nos corre la gente. Le han hecho creer que la moral es aburrida. Deje que se convenzan, sin darse cuenta, que la moral no es otra cosa que la ciencia alegre de descubrir ideas. Ciencia alegre—la gaya sciienza, como dijo un pensador.

MGV:—¿Dónde quiere usted que descubramos ideas?

S.:—Pues allí donde están. Cada uno en sí mismo.

MGV:—Pero si son nuestras propias ideas, ya las conocemos. No podemos descubrirlas.

S.:—Las tenemos. Pero no las conocemos bien. Exactamente como América estaba siempre en el mundo, pero no se conocía hasta que Cristóbal Colón la descubrió. Cada uno de nosotros puede ser un Cristóbal Colón en el mundo de las ideas.

MGV:—¿En el mundo de las ideas? Entonces se trata de filosofar. Pero para eso necesita uno haber estudiado.

S.:—No. Se necesita exactamente lo mismo que Cristóbal Co-

lón: valor para navegar en la nave del pensamiento, orientados por la brújula de la razón, hacia el continente de ideas que queremos descubrir. Todos pensamos, todos tenemos el uso de la razón, todos tenemos ideas desconocidas o mal conocidas; con suficiente valor para enfrentarse con el océano de los prejuicios, cualquiera puede ir de aventurero a conocerlas. Es una de las pocas aventuras que en el mundo de hoy quedan al alcance de todos. Mire allí por la ventana, la cantina de enfrente. Aquel señor que está bebiendo allí lo puede hacer. ¿Cree que no le han hablado de la templanza? Tiene esta idea en la mente; pero sigue bebiendo. En realidad no ha descubierto todavía lo que es la templanza. ¿Qué le parecería que lo llamáramos para ver qué se representa él cuando se le habla de templanza y por qué pasa allí bebiendo?

MGV:—Mejor no. Quién sabe si está en condiciones todavía para presentarse en un programa de televisión y contestar preguntas. Me temo que eso no sea factible.

(La cámara enfoca al Br. José Humberto Velásquez).

JHV:—¿Están hablando de este señor que está bebiendo allí enfrente? Lo conozco muy bien. Se llama Chepe. Sé las ideas que se hace él acerca de la bebida y de la templanza. Si no tienen nada que objetar, yo voy a contestar por él.

S.:—Encantados. Entonces usted representará a Chepe el bebedor.

JHV:—Muy bien. Pero necesito a alguien que haga el papel de la Tentación, de los amigos que le hacen a uno beber. ¡Oiga usted! (Llamando hacia los bastidores). Usted será el amigo tentador, ¿entendido?

VOZ (entre bastidores): Entendido.

JHV:—¡Y comience la función!

S.:—Se trata pues de descubrir el valor de la templanza.

La cámara enfoca una mesa de bar donde está sentado Chepe, con un vaso y una botella.

CHEPE: ¡El valor de la templanza! ¡Qué tonterías son ésas! ¡Palabras! ¡Trucos para hacer creer a la gente que es malo beber! ¿Y quién dice que es malo? No se lo he preguntado a nadie y nadie tiene derecho de decirme nada. Soy muy libre y muy hombre y bebo cuando me da la gana, y cuando no me da la gana, dejo de beber.

S.:—Entonces usted no cree en el valor de la templanza.

CHEPE:—Yo no creo en el valor de nada. Ni templanza, ni fidelidad, ni veracidad, ni justicia, ni nada. Son puras maneras de hablar para que uno de tonto se las crea y deje de hacer lo que le da la gana. Pero yo no soy tonto y usted no me hará que deje la copa si la copa me gusta.

S.:—¿Usted no cree en el valor de nada?

CHEPE:—No.

S.:—Encantado. Enséñeme un billete de a diez colones.

CHEPE:—Aquí, mire.

S.:—Regálemelo.

CHEPE:—¿Se ha vuelto usted loco? Ni siquiera lo conozco.

S.:—¿Y por qué no me quiere regalar los diez colones?

CHEPE:—¡Diez colones! ¿Se imagina lo que significan diez colones?

S.:—¡Si no son nada! Usted acaba de decir que no cree en el valor de nada. ¿Entonces por qué molestarse por unos diez colones?

CHEPE:—Usted quiere tomarme el pelo, señor. Estamos hablando de lo que usted quiere llamar “valores morales” y usted se cree muy listo al desviar la conversación sobre el valor del dinero. ¡Si de esto nadie discute! El valor del dinero es evidente. Con este billete de a diez colones usted va al almacén y compra lo que quiere.

S.:—A usted le parece que el valor de este billete es evidente porque puede ir a la tienda a cambiarlo por otra cosa. Pero imagínese que usted deja tirado este billete en medio de las selvas del Africa. Si pasa por allí un negro que nunca ha visto un billete de banco, ¿qué hará?

CHEPE:—Lo dejará donde está.

S.:—O lo usará para encender el fuego. El valor del dinero no parece pues tan evidente como usted cree.

CHEPE:—Es que este valor es una mera convención social. Nosotros hemos convenido que un pedazo de papel rectangular de determinado dibujo impreso tendrá el valor de diez colones. Y si el negrito viviera entre nosotros, él lo aceptaría así como nosotros.

S.:—Entonces uno puede ignorar un valor y también puede aprender a conocerlo.

CHEPE:—Seguramente.

S.:—Es decir que el hecho de que nuestro negrito ignora el valor de este billete no significa que este billete carezca de valor. Con el conocimiento de los valores pasa pues exactamente lo mismo que con cualquier otro conocimiento. Nuestro negrito no ha oído hablar de la teoría de Copérnico. Para él es evidente que el Sol da vuelta a la Tierra. Pero para nosotros, su ignorancia no es ninguna prueba en contra de la teoría de que la Tierra da vuelta al Sol. Asimismo, el hecho de que alguien ignore un valor no puede ser nunca una prueba de que este valor no exista.

CHEPE:—Queda que el valor de este billete no es nada absoluto sino una mera convención social que pierde su validez fuera de nuestra civilización.

S.:—¿Pero qué significa para usted este billete?

CHEPE:—Ya se lo dije. Puedo ir a la tienda y comprar lo que quiero. Algo de comer, un juguete para mis hijos, una medicina que necesita mi mujer. ¿No sirve para esto el dinero?

S.:—Entonces nuestro negrito no puede comprarse nada.

CHEPE:—Pues él hará otra cosa. Quiere comprar una vaca y da dos cabras en cambio.

S.:—Quiere decir que él les reconoce también un valor a las cosas puesto que para él una vaca vale dos cabras. Cada cosa representa para él un valor económico.

CHEPE:—Claro que es así. El reconoce el valor de las cosas, pero no el valor del dinero.

S.:—Pero el dinero es una cosa también. Nuestro campesino vende algunas cabras y le dan dinero en cambio. Con este dinero va y se compra una vaca. El dinero no es más que una contraseña que representa simbólicamente el valor de las cosas. Pero el valor económico de las cosas lo conoce el negrito del Africa como lo conoce usted, ¿no es así?

CHEPE:—Cómo no.

S.:—Entonces, lo que él ignora no es el valor económico en sí, sino meramente una forma convencional de expresar este valor. De hecho, ¿cómo podría nuestro negrito aprender cuál es el valor de este billete si no tuviera previamente un concepto del valor de las cosas como tal?

CHEPE:—Eso me parece evidente.

S.:—Hemos llegado pues a reconocer que el valor económico en sí no es convencional sino algo que cualquier hombre conoce.

Lo que es convencional es meramente el valor de esta y aquella cosa.

CHEPE:—Pero usted me sigue hablando de cuestiones económicas. Estábamos tratando de valores morales y allí la cosa es muy distinta porque se trata de meras ideas, no del valor que tienen las cosas. No trate de confundirme con analogías falaces.

S.:—No se trata de confundir a nadie, solamente de aclarar algunos conceptos. Cuando se habla de valores morales, es fácil embrollarse en una serie de prejuicios porque en cuestiones morales cada cual tiene sus resentimientos que tienden a obnubilarle el claro juicio. Cuando se trata de templanza, por ejemplo, el intemperante se enoja porque cree que con esta palabra lo queremos domar; y el temperante se irrita porque el otro no quiere creerle las ventajas de la templanza. En esta situación ni uno ni otro pueden pensar claramente. Dediquemos pues mejor otro momentito más a los valores económicos hasta sacar todos los conceptos bien claro. Después le dejaré a usted entera libertad para refutarme en caso que mi argumentación fuere realmente falaz.

CHEPE:—Siga, pues. Pero no crea que le aceptaré todo así no más. Usted no me ha demostrado en absoluto que es mejor ser temperante que beber. Muchos necesitan beber. No olvide que ha habido grandes artistas que necesitaban el alcohol para crear sus obras inmortales. ¿Les va a decir usted que no deberían de haber bebido?

S.:—Por de pronto no les voy a decir nada. Ahora déme su billete; se lo cambio por uno de a cinco.

CHEPE:—Por dos de a cinco, quiere decir.

S.:—No, por uno de a cinco.

CHEPE:—¡Bonito negocio! ¿Por quién me toma?

S.:—¿Y por qué no me lo quiere cambiar?

CHEPE:—¿Cree usted que yo soy tan tonto como para ignorar que un billete de a diez colones vale más que uno de a cinco?

S.:—¿Entonces hay cosas que valen más y cosas que valen menos?

CHEPE:—Claro, esto es evidente... dentro del campo estrictamente económico, por supuesto.

S.:—¿Y cómo sabe usted que un billete de diez vale más que uno de a cinco?

CHEPE:—¡Qué pregunta! Si por uno de a diez me dan el doble de lo que me dan por uno de a cinco! ¿Necesita eso tanta discusión?

S.:—Entonces usted tiene un criterio objetivo para conocer el valor de una cosa. Usted observa cuánto le dan en cambio y de allí deduce su valor.

CHEPE:—Sí, pero eso en lo estrictamente económico.

S.:—Mire, yo le ofrezco mi amistad si usted deja de beber.

CHEPE:—Usted sigue con sus negociazos a la diablo. ¡Qué me importa su amistad! ¿Es usted ministro o diputado? ¿Qué puede usted hacer por mí? No, señor, su amistad no vale tanto como para sacrificar mi pacha. ¡Qué se ha imaginado, presumido!

S.:—¿He oído bien? Usted sabe pues lo que vale mi amistad y lo que vale su hábito de beber, ¿no es así?

CHEPE:—Bueno, no le diré que tenga un criterio exacto de ello. No lo conozco a usted y no sé qué podría significar su amistad para mí. Pero esto sí lo sé, que por su amistad no dejaré la botella.

S.:—¿Es ésta una cuestión económica?

CHEPE:—No. Claro que no.

S.:—Luego también fuera del campo estrictamente económico, usted sabe que unas cosas valen más que otras. Su botella vale más que mi amistad. Usted reconoce que se pueden distinguir valores superiores y valores inferiores también en otros dominios. A usted no le gusta que lo despierten a las tres de la madrugada, ¿verdad?

CHEPE:—No le aconsejo que lo intente.

S.:—Y si su hijo se está muriendo a las tres de la madrugada y hay que ir a la farmacia, ¿no iría?

CHEPE:—Ah, pero eso es otra cosa.

S.:—Entonces la vida de su hijo vale más que su descanso. ¿No es verdad?

CHEPE:—Eso es lógico. El descanso puede reponerse, pero la vida de mi hijo no tiene repuesto.

S.:—Ya ve. También en este campo usted tiene un criterio objetivo para saber cuál es el valor más alto.

CHEPE:—Concedido. Concedido. Pero ahora déjese de rodeos con cuestiones que a nadie importan y solamente embrollan las cosas. Usted estaba hablando de la templanza. Usted quiere con-

vencerme de que deje de beber. Bueno, enseñe su arte. Lo estoy esperando. ¡A ver quién gana!

S.:—¿Y quién está embrollando las cosas? Yo estaba hablando aquí tranquilamente con mi amigo sobre cuestiones de ética y usted trata de convertir la conversación en una lucha. Yo no pretendo convencerlo de nada. Al contrario, usted pretende ahora demostrarme que es más inteligente y que me puede ganar en la discusión. He aquí cabalmente la dificultad en toda discusión relativa a conceptos morales: cada uno tiene sus prejuicios y tiende a desviar la discusión hacia sus ideas preconcebidas. ¿Por qué me quiere demostrar usted ahora que es más inteligente que yo?

CHEPE:—Porque lo mismo lo hace usted. Cuando le hablan a uno de templanza, es cuestión siempre de demostrar que es tonto beber. Le dicen a uno: “¿Qué no ves que estás despilfarrando tu dinero? Si fueras inteligente, con este mismo dinero te comprarías una casa. ¿Qué no ves que al día siguiente estás de goma y no haces nada que valga? Hace tiempo que tendrías un trabajo mucho mejor si no fueras tan tonto”. A esto se reduce todo: hacer que uno se sienta tonto. Ahora quiero ver quién de nosotros tiene la razón, usted o yo. ¿Por qué quiere usted que yo deje de beber?

S.:—Ya le digo que yo no quiero nada. Supongo que usted tendrá excelentes razones para dedicarse a la bebida y quisiera invitarlo a que me dijera esas razones. ¿Por qué bebe usted?

CHEPE:—¿Y por qué no bebería? ¿No soy libre? ¿Tiene alguien que decirme algo?

S.:—Entonces bebe usted para demostrar que es libre y que nadie tiene que decirle nada. Yo creía que porque le gustaba la pacha.

CHEPE:—Sí, claro que me gusta. Y me la tomo porque yo hago lo que me gusta aunque no les guste a los demás.

(Voz de entre los bastidores).

VOZ:—¡Eh! Chepe, vení, tomate otro trago.

CHEPE:—No, no quiero. ¿Qué no ves que estoy discutiendo con el señor.

VOZ:—¿Y porque te dice que es malo beber, no te atreves? ¿Qué sos niño para que te den lecciones? Vení, demostráله que sos hombre y que sus cuestiones no te importan.

CHEPE:—Perdóneme un momento.

(Regresa luego, limpiándose la boca).

S.:—Yo creía que usted hacía lo que quería. Usted no quería tomar ahora. Pero ellos hicieron que tomara, en contra de su voluntad expresa.

CHEPE:—¿Y podía dejar acaso que me consideraran como niño? Tenía que demostrarles que era hombre.

S.:—Entonces usted no bebe siempre porque le da la gana y porque es muy libre y nadie tiene que decirle nada. A veces usted bebe contra su gana y porque le están diciendo algo. ¿No es así?

CHEPE:—Sí, pero aquí no se trataba de beber o no beber. Estaban poniendo en tela de juicio mi hombría y tenía que defenderme.

S.:—No importa. El hecho es que usted no bebe siempre por su libre voluntad. A veces bebe, aunque no quiera, para defenderse de una sospecha, para demostrar que es muy hombre y no le tiene miedo a la copa.

CHEPE:—¿Y debería uno dejar que digan de uno que no es hombre?

S.:—¿De quién depende su hombría de usted? ¿De usted mismo o de ellos?

CHEPE:—De mí, desde luego.

S.:—Si su hombría depende de usted, ¿qué le puede hacer que digan cosas? Déjelos que digan.

CHEPE:—Pero uno no puede dejar que digan de uno cualquier cosa. Yo tengo mi honor y lo defiendo.

S.:—Entonces usted bebe por su honor.

CHEPE:—Sí.

S.:—Y bebe para demostrar que es muy hombre y muy libre.

CHEPE:—Así es.

S.:—Su libertad, su hombría y su honor le importan.

CHEPE:—¿Cómo no me van a importar?

S.:—Pero lo que le importa a uno, son las cosas que valen, son los valores, la libertad, la hombría y el honor son sus valores, los valores que usted defiende.

CHEPE:—De acuerdo.

S.:—Pero estos valores no me parecen siempre muy acordes entre sí. Cuando lo llamaron a beber contra su voluntad, usted sacrificó su libertad para demostrar su hombría y su honor.

CHEPE:—Se me hace que usted me quiere meter en un lío.

S.:—Contésteme.

CHEPE:—Así fue en este caso, pero no sé si siempre sería lo mismo.

S.:—No le hace. En este caso usted reconoció que la hombría y el honor tenían para usted un valor superior al de la libertad. Luego será usted capaz—aunque no sea más que ocasionalmente—de sacrificar su preciada libertad en aras de un valor superior.

CHEPE:—Pero eso será más bien raro. Yo quiero mi libertad y no la abandono así no más.

S.:—Menos raro que lo que usted piensa. Tome su botella y tírela con toda su fuerza a aquel espejo.

CHEPE:—Usted se ha vuelto loco.

S.:—¿Y por qué no lo hace? ¿No es libre de hacerlo?

CHEPE:—Sí, soy libre, pero no quiero.

S.:—¿Nunca le ha dado ganas de hacerlo?

CHEPE:—A veces sí.

S.:—¿Y por qué no lo ha hecho si le daba ganas?

CHEPE:—¿Para qué? ¿Soy yo un Rockefeller que puede gastar el pisto sin contarlo? No, no tengo ganas de pagarle otro espejo al cantinero.

S.:—Entonces usted sacrifica su libertad a sus intereses económicos. Y cuando, antes de cruzar la calle, usted espera en la esquina a que el policía le dé la señal de pasar, está sacrificando su libertad a su instinto de conservación porque es muy libre de cruzar la calle en el momento en que le dé la gana aunque sea para matarse. A usted no le gusta levantarse de mañana para ir a su trabajo, pero lo hace. No le gusta tener que pagar su comida, pero no hace uso de su libertad de no comer. No le gusta amanecer de goma, pero no puede evitarlo, a pesar de su tan preciada libertad.

CHEPE:—Ya lo veía venir. En eso tenía que parar. Pero no tendrá mi pellejo tan fácilmente. Le diré que quien es hombre debe saber soportar las consecuencias de sus actos y en esto ve usted que soy muy libre y muy hombre porque a sabiendas de

cómo me voy a sentir mañana, decido libremente tomar mi licor sin dejarme atemorizar por las consecuencias con las que tendré que cargar.

S.:—¿Y si sus compañeros de trabajo dicen: “Mírenlo que está de goma”?

CHEPE:—¿Y qué me importa lo que dicen los compañeros? ¿Dependo yo de ellos? ¿Tengo que oír sus consejos?

VOZ (entre bastidores):—Chepe, no seás aburrido. Vení, tomáte otro.

CHEPE:—No, ahora no.

VOZ:—¿Ya te ha convencido el tipo? ¿Ya no te atrevés a tomar? ¡Qué ligero te acobardás!

CHEPE:—Dispense un momento.

S.:—No, espere. Repítame primero lo que acaba de decir.

CHEPE:—¿Qué acabo de decir?

S.:—“¿Y qué me importa lo que dicen los compañeros? ¿Dependo yo de ellos? ¿Tengo que oír sus consejos? ¿No dijo eso?”

CHEPE:—Sí. ¿Y qué tiene?

S.:—¿Qué le importa a usted lo que dicen estos compañeros aquí? ¿Depende usted de ellos? ¿Tiene que oír sus consejos? ¿Por qué les hace caso?

CHEPE:—Pero si esto es muy distinto.

VOZ:—¡Chepe!

CHEPE:—Dispense. Ya regreso.

Regresa luego limpiándose la boca.

S.:—¿Por qué es esto muy distinto?

CHEPE:—Los compañeros de aquí son hombres. No se dejan de nadie. Saben pelear por su derecho. Los de la oficina se agachan cuando el jefe les echa la “loga” y no dicen nada. ¡Qué les voy a hacer caso yo!

S.:—Entonces a éstos les hace caso usted porque los respeta. Usted defiende su libertad frente a las personas que le parecen despreciables, pero la sacrifica a las que le merecen respeto, ¿no es así?

CHEPE:—Yo no diría que se la sacrifico puesto que sigo su ejemplo libre y espontáneamente.

S.:—Llámelo usted como quiera. El hecho es que cuando le

dicen algo, hace usted lo que ellos quieren aun cuando no lo quiere usted. En cambio, con sus compañeros de trabajo no actúa usted así, y supongo que lo mismo hará con su mujer, con sus padres, con sus vecinos, etc.

CHEPE:—Hay que ver también qué le dicen a uno. Con éstos se siente uno a gusto. Le dicen a uno: “Chepe es buen “chero”. Chepe no le tiene miedo a la botella. No hay como Chepe para beber”. “Con éstos se siente usted muy hombre, entiende. ¿Y qué le dicen a uno aquéllos? Aquéllos no entienden lo que es el hombre libre de prejuicios que vive su vida como él la entiende. Para aquéllos uno es el borracho, el bruto, el tonto, el que se bebe su sueldo, que está de goma, que trabaja mal. ¿Cómo podría uno hacerles caso sin perder el respeto ante sí mismo?

S.:—Pero usted les hace caso, aun sin quererlo. Usted sabe íntimamente que con su libertad, su hombría y su honor, algo anda mal. Usted sabe que no es libre frente a la tentación de la copa, que no es hombre para resistirla, y cuando lo llevan a su casa, fondeado, no queda mucho de su honor ni de su hombría. Usted se deja guiar por valores muy elevados y muy bellos: la libertad, la hombría, el honor. Pero ¿los conoce suficientemente? ¿Podría usted explicarme qué es la libertad?

CHEPE:—La libertad es poder hacer lo que uno quiere.

S.:—Por ejemplo, beber cuando uno quiere beber.

CHEPE:—Sí, beber cuando uno quiere beber.

S.:—Y dejar de beber cuando uno quiere dejar de beber.

CHEPE:—Sí, pero yo no quiero dejar de beber.

S.:—Supongo ahora que usted sigue bebiendo fuerte durante unas dos horas y al cabo de estas dos horas, usted quiere hacer un discurso, o manejar un automóvil, o simplemente mantenerse firme en un lugar. ¿Lo podría todavía?

CHEPE:—Lo dudo.

S.:—Pero usted *quiere* hacerlo.

CHEPE:—De nada me servirá que lo quiera.

S.:—Entonces usted ya no podrá hacer lo que querría. Y si la libertad es, según usted, poder hacer lo que uno quiere, usted habrá perdido su libertad.

CHEPE:—Todo eso me parece un razonamiento muy sofisticado.

S.:—No tanto. Usted quiere su libertad. Pero no conoce toda

la libertad. Sólo ve la libertad del momento y se olvida de que está sacrificando su libertad de dentro de dos horas. Por la libertad de tomarse un trago, usted pierde la libertad de hablar y de actuar cuando quizá sea importante hablar y actuar. Imagínese que de aquí a dos horas vendrá la policía a hacer una redada. ¿Qué será más importante entonces: su libertad de tomar ahora todas las copas que quiera, o la libertad de poder explicar, entonces, serenamente, libre de las trabas que le impone a uno el alcohol, qué está haciendo usted aquí, y exponer, en forma creíble, que no tiene nada que ver con los hechos que han motivado la redada?

CHEPE:—Yo creo que usted está tratando de confundirme. Le cambia hábilmente el significado a la palabra “libertad” para convencerme.

S.:—Pues, tomemos la hombría. ¿Qué entiende usted por hombría?

CHEPE:—Pues, una actitud digna de un hombre.

S.:—¿Y cómo debe actuar un hombre?

CHEPE:—No se debe dejar. Debe defenderse. Debe sentirse orgulloso de sí.

S.:—Y cuando uno se cae en la calle de borracho y le roban el dinero y los zapatos y el traje, ¿es eso hombría? Cuando su mujer lo tiene que acostar, ¿es ésa una conducta digna de un hombre? Cuando, estando de goma, le toca aguantar los comentarios de sus compañeros de trabajo sin poder replicarles nada, ¿se siente uno orgulloso de sí?

CHEPE:—Mire, no siga. Ya veo que usted quiere simplemente echarme la “loga” como hacen todos. Quiere avergonzarme, pero no lo conseguirá. Cantinero, otra copa.

S.:—Si yo me doy cuenta que usted usa una calculadora para sumar, pero que no ha descubierto todavía que sirve también para restar, multiplicar y dividir, y le enseñó cómo aprovechar todo el potencial de la máquina, ¿es para avergonzarlo? Entonces no se podría enseñar nada a nadie.

CHEPE:—No, pero eso es distinto. El no conocer bien una máquina no es motivo de vergüenza. Uno no ha aprendido a manejarla. Esto es todo. En cambio la propia conducta de uno...

S.:—¿Ah? ¿Usted siente vergüenza por su conducta? Yo creía que usted se sentía orgulloso de ser muy hombre y muy libre.

CHEPE:—Claro que siento orgullo. Pero lo que dicen los demás es distinto.

S.:—Entonces usted les hace caso a los demás.

CHEPE:—¡Y cómo podría uno no hacerles caso! Los tengo que oír; no hay para dónde. Y usted habla como ellos, sólo con más rodeos. Lo de la calculadora no tiene nada que ver con las copas, la libertad y la hombría.

S.:—Pues el hombre que no conocía bien su calculadora hacía muchos cálculos complejos a mano. Por no conocerla no supo aprovechar todos sus recursos. Asimismo le pasa al hombre que no sabe bien qué son la libertad, la hombría y el honor: no puede aprovechar todos los recursos de que dispone. Y a nadie le deshonra aprender para conocer mejor sus recursos. Y de hecho, ha aprendido usted ya mucho. Al principio no creía que existieran valores. Hoy ha descubierto que su conducta obedece a los valores de libertad, de hombría y de honor. Ha descubierto además que no todos los valores son iguales entre sí, sino que hay valores superiores y valores inferiores. Se ha dado cuenta incluso que hay criterios objetivos para conocer la jerarquía de un valor. Hoy está descubriendo todo lo que usted ignoraba de los valores; está viendo que la libertad, la hombría, el honor, se extienden mucho más allá de lo que usted pensaba. No tiene por qué avergonzarse por ello, pues como a aquel hombre no le habían enseñado bien el manejo de la calculadora, a usted no le han enseñado bien lo que son los valores. Esto no es motivo de vergüenza. ¿Pero qué diría usted de aquel hombre si a pesar de la mejor instrucción recibida siguiera haciendo sus cálculos a mano?

CHEPE:—Pues, sería bien tonto.

S.:—Eso es, el que no sabe porque no le han enseñado, no tiene culpa. En cambio, el que conoce y no actúa conforme sus conocimientos, es un tonto. Por lo que ha pasado, descuide: nadie tiene que juzgarlo. Pero de aquí en adelante sabrá usted que no está actuando realmente conforme a sus valores, sino conforme a una idea muy estrecha que se ha formado usted acerca de sus valores.

CHEPE:—Dígalo de una vez: que beberé con mala conciencia. Como lo he hecho siempre. Usted lo sabe bien. Pero en el pasado, la mala conciencia no me ha servido para nada; no por ella he dejado de beber. ¿De qué me servirá pues en el porvenir?

S.:—Yo iría más lejos. La mala conciencia no sólo no le ha ayudado a salir del fango, sino que al contrario le ha hecho beber más.

CHEPE:—¿Cómo es eso?

S.:—Por su mala conciencia usted no se sentía a gusto entre

las personas que no comparten su vicio. Sólo entre bebedores podía sentirse bien. Sólo bebiendo podía demostrar que era hombre. Su mala conciencia y su vergüenza le han hecho caer más hondamente. ¿Por qué será que los que se llaman moralistas se empeñan en hacer que el hombre se fije en sus pecados en vez de fijarse en la ruta del bien? ¿Qué interés pueden tener en ello? ¿Conseguir que él caiga más y que ellos tengan más razones de sentirse superiores? Cuando un hombre se dice en su fuero interior: “No debo beber”, le pasa exactamente lo mismo que le pasa al aprendiz ciclista que va por una carretera bien ancha y ve muy lejos delante de sí un hoyo, con amplio espacio para pasar a derecha e izquierda; pues, basta con que se diga, fijándose en el hoyo: “En este hoyo no quiero caer”, para que caiga en él con seguridad de sonámbulo. En su mente está la idea del hoyo y la idea del hoyo orienta y dirige su carrera. No importa que quiera o no quiera llegar al hoyo; lo que cuenta es el hecho de fijares en el hoyo. Si usted ahora fuera este aprendiz ciclista, ¿qué haría para no caer en el hoyo?

CHEPE:—Me fijaría en el espacio donde hay paso.

S.:—Pues, lo mismo pasa con la bebida. Fijando su mente en la bebida, aunque diciéndose: “No quiero; es malo”, usted llega a la bebida con seguridad sonámbula. El arte es fijarse en el espacio donde hay paso. El deportista, antes de un encuentro decisivo, no se dirá: “No debo beber”. Se dirá: “mañana mi actuación cuenta. Tengo que hacer todo cuanto esté en mi poder para estar en buenas condiciones”. En esto reside el valor del deporte para la educación moral: desvía la mirada del hoyo y la fija en el espacio donde hay paso. Lo mismo hará cualquier otro propósito positivo. Mañana me llamará el jefe; tengo que pensar bien en cómo le voy a hablar; la entrevista puede ser decisiva. Mañana habrá reunión de padres de familia en la escuela de mi hijo; tengo que pedir que se remedie aquella anomalía, porque si no lo pido yo, ¿quién lo hará? Debo pensar en cómo defender mi posición. Así se satisface el deseo de hombría y de honor y la libertad se sobreañade: la libertad frente a la copa, a favor de un objetivo superior. Lo que a usted no le han enseñado es a fijarse objetivos superiores. Le han clavado su mirada en su condición humilde: “un pobre como yo que no tiene cultura, no puede hacer nada”. Y de veras, no podía hacer nada porque tenía fijada su mirada en su pobreza, su falta de cultura y su afición a la bebida. En este horizonte limitado andaba usted como la fiera en

la jaula, mirando a través de los barrotes sin darse cuenta de que detrás de usted estaba la puerta abierta. Pero le habían puesto a esa puerta un rótulo mágico que no lo dejaba pasar, que le daba miedo.

CHEPE:—¿Cuál?

S.:—Templanza. Dígame: ¿qué entiende usted por templanza?

CHEPE:—Es cuento de niños y viejitas, de gente débil que no aguanta una copa, de tímidos que se dejan prescribir por otros lo que tienen que hacer y dejar de hacer.

S.:—Entonces el deportista, que mañana conquistará un triunfo para él y para su país, es niño o viejita, débil o tímido, porque hoy no bebe.

CHEPE:—Ah, éste es otro cuento. El lo hace para un fin muy alto. Lo hace porque ha puesto su hombría y su honor en otra cosa.

S.:—Luego, cuando usted dice que la templanza es cuento de niños y viejitas, usted no ha visto todo lo que es la templanza, sino sólo un aspecto muy limitado. Usted ha actuado como el negrito que toma un billete de a diez dólares para encender el fuego porque para él no es más que un pedazo de materia inflamable.

CHEPE:—Puede ser que usted tenga razón. Quizá no haya reconocido realmente lo que es la templanza. ¿Pero es milagro si son casi sólo viejitas, débiles y tímidos que le predicán a uno la templanza? ¿No tiene uno que despreciarla casi a la fuerza?

S.:—Los débiles y tímidos predicán la templanza porque para ellos mismos la templanza es un problema. En realidad quisieran beber, pero no se atreven, y por eso tienen que convencerse a sí mismos de la excelencia de sus principios, predicándolos a los otros. El verdaderamente fuerte que sabe cuándo le conviene beber y cuándo no le conviene, que por su libre y espontánea voluntad puede renunciar a la bebida en aras de un objetivo superior, no tiene necesidad de predicar la templanza. La vive. Es suficiente.

CHEPE:—Entiendo. Por eso tenemos casi todos un concepto equivocado de la templanza. Nunca me había fijado en que uno podía ser temperante por su fuerza y hombría.

S.:—Fíjese en que los antiguos contaban la templanza entre las cuatro virtudes cardinales. Y virtud viene del latín “vir”, hombre. Ser virtuoso es actuar como hombre, no como viejita o como niño. Es actuar de conformidad con los propios valores y en ellos estriba la libertad humana: en este poder que tenemos de

actuar exclusivamente conforme nuestros valores. Si conocemos bien los valores, actuamos bien; si actuamos mal, es porque no los conocemos bien.

CHEPE:—Pero hay una cosa que no entiendo todavía. Usted dice que la templanza es un valor. A mí me han hablado de la templanza, en la escuela, en la iglesia. La conocía, pero no la conocía como valor. Antes bien me parecía despreciable. Si la templanza es un valor, ¿por qué no reconocía yo que lo es?

S.:—Por la misma razón por la que el negrito no reconoce el valor del billete de a diez dólares. El valor de una cosa no se conoce como se conoce su forma y su color.

CHEPE:—¿Cómo se conoce entonces?

S.:—¿Cómo se dió cuenta antes del valor de su billete? ¿Qué hizo usted cuando se lo pedí?

CHEPE:—Pues...

S.:—Usted no quiso dármelo. ¿Y por qué?

CHEPE:—Porque eso no se da así no más.

S.:—Déme un fósforo, por favor.

CHEPE:—Eso sí, aquí tiene.

S.:—¿Y por qué me ofrece usted un fósforo, así no más, sin discutir?

CHEPE:—Porque un fósforo de más o de menos no importa.

—S.:—Pero el billete le importa.

CHEPE:—Claro. ¿Cómo no me importaría?

S.:—Pues en eso cabalmente está su valor: en que le importa a usted. Reconocemos el valor de una cosa en que no nos deja indiferentes. Mientras la templanza lo deje indiferente a usted, no es un valor.

CHEPE:—Pero es que no me dejaba indiferente. Me irritaba, me molestaba que me hablaran de templanza.

S.:—Entonces era para usted un desvalor, un antivalor.

CHEPE:—¿Cómo podía ser un desvalor?

S.:—Porque usted lo asociaba con los antivalores de debilidad y timidez. Usted no lo conocía lo suficiente para sentirlo como valor.

CHEPE:—¿Y puedo conocerlo mejor?

S.:—Tiene que aprender. Todos tenemos que aprender. Y aprender no es vergüenza. Todos somos aprendices en esta vida.

Motivo de vergüenza sería al contrario dejar de aprender por andar presumiendo de maestro.

CHEPE:—Pero me hallo desorientado. Usted dice que tenemos los valores en nosotros mismos. Pero son los filósofos, los sabios, los santos, los que han enseñado los valores a la humanidad.

S.:—Si en una ciudad desconocida, alguien le enseña el camino hacia el hotel, ¿es el que se lo enseña el que hace el camino?

CHEPE:—No.

S.:—El camino ya está. El que se lo enseña no hace más que orientarlo, guiarlo—o quizá, extraviarlo. El mismo papel les corresponde a los filósofos, los sabios, los maestros, los sacerdotes: no son ellos quienes pueden hacer los valores; sólo tienen la misión de ayudarnos a descubrirlos.

CHEPE:—Pero hay filósofos y maestros que lo extravían a uno.

S.:—Un maestro puede enseñar que dos más dos suman cinco. Pero haciendo un recto uso de la razón, el discípulo descubrirá pronto la verdad. Cabalmente porque los valores están en nosotros, depende exclusivamente de nosotros que nos dejemos guiar por buenos maestros o extraviar por malos. Busque quién lo oriente, pero búsquelo haciendo uso de su razón. Quizá tengamos la oportunidad, en otras emisiones, de hablar de algunos de los grandes maestros de la humanidad. Por hoy creo que se nos está terminando el tiempo.

VOZ: (entre bastidores):—Chepe, ¿qué ya te vas? Vení, tomate otro, no seas bobo. ¿Qué ya te ha metido sus ideas ese tipo?

CHEPE:—Sí, me ha dado unas ideas. Veo que soy bobo de verdad y que no soy digno de beber con ustedes. Antes de volver quiero aprender un poco más para saber en cada momento cuándo hay que beber y cuándo no hay que beber. Ya estoy aprendiendo un poco.

S.:—¿Y qué ha aprendido hoy?

CHEPE:—Que la moral no es asunto reservado a los libros eruditos, a los sabios doctores, a los santos y sacerdotes, a los niños y viejitas: que la moral le toca a usted, querido espectador, y a mí, y nos toca a cada uno personal e individualmente. Que en moral no se trata de dejarse prescribir nada, sino de actuar libre y espontáneamente de acuerdo con los valores que uno conoce. Que todos tenemos nuestros valores; que los conocemos a menudo

muy imperfectamente, pero que cada uno de nosotros, por humilde que sea, puede aprender a conocerlos mejor si está dispuesto a reflexionar sobre ellos. Y finalmente, lo mejor de todo, que nadie está condenado al vicio; que si somos viciosos, es por falta de método y que debemos aprender a quitar la mirada del hoyo para fijarla en la pasada.

S.:—Pues, ha aprendido usted todo lo esencial de la ética de valores: los valores existen; los valores se pueden conocer; los valores se realizan en la conducta humana porque el hombre es libre de realizarlos. Y antes que todo: los valores son suyos y míos, no de los sabios doctores y libros eruditos.